

TARDECADA SURREALISTA DEL POETA MUERTO



5 de septiembre, 2026
17:00 hrs.

Centro Regional
de Cultura de
Cuautitlán Izcalli

-Akasha Alecram~~~~~4

-Nohemí Guerra
(Absurda Aprendiz)~~~~~5

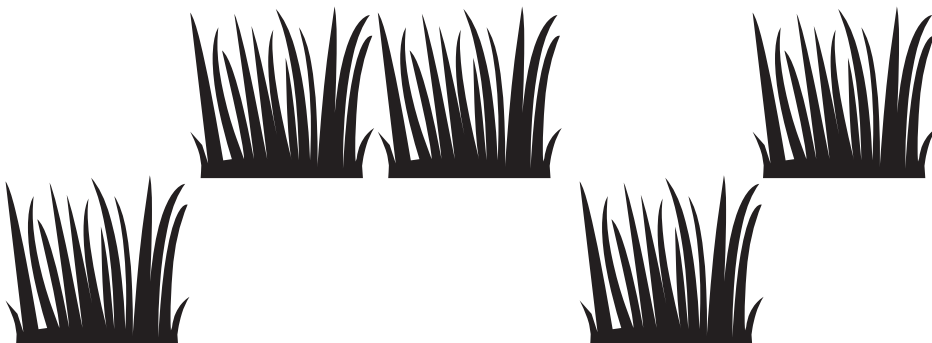
-Cristian Ochoa ~~~~~6

-Israel Rojas ~~~~~13

-Marco Antonio
El Poeta Muerto~~~~~15

-Verónica Miranda~~~~~16

-Miguel Trejo (Contrabajo)



EDITORIAL

Vivimos tiempos complejos y veloces en los que el entrecruzamiento entre lo necesario y el capricho, lo real y lo ficticio, el arte y el entrenamiento, la creatividad humana y la Inteligencia Artificial, arrojan productos, modas, propuestas y posturas que se suceden sin intermitencia en el *scroll* del día a día –A 3,000 publicaciones por hora [en redes sociales], un humano necesitaría 700,000 horas (80 años) para consumir sólo lo que se produce en un año, según: <https://vox-booster.com/es/blog/social-media-statistics-2026/>–. En la red todo va y viene, pero nada o poco permanece, hasta que sea necesario rescatar un dato, una opinión, un error, una huella digital que conforma nuestro perfil de usuario.

El escenario descrito revela qué tanto de nuestra vida acontece adentro de una pantalla que ha succionado todos los recovecos de la vida humana. Nada escapa al panóptico digital y con nuestros sueños y quimeras, con nuestros amores y odios, con nuestras vidas la hemos entrenado para crear un nuevo orden mundial donde la IA tiene un papel predominante, incluso en el arte.

Es entonces que La Tardeada Surrealista del Poeta Muerto toma por asalto el escenario y la palabra escrita –así, como una provocación– para devolvernos la creatividad no sujeta a los estándares de perfección digital, académica o de adherencia partidista. Ante una perspectiva de rentabilidad, eficiencia y viralidad, La Tardeada Surrealista no pretende otra cosa que no sea el gesto feral, el grito de la furia, los colores, la música y las letras liberados de sus cartabones; reconocernos en el juego que funde escenario, espectador y propuesta estética, sin miedo al señalamiento, la censura o la pifia, en un momento exclusivo y privado de la experiencia humana.

Para este primer encuentro presentamos una selección de los poemas de Akasha Alecram, de su poemario *Estigmas de Melancolía* (Punto y Final Ediciones, 2026). Absurda Aprendiz, levanta la voz con un texto que asume una posición de género donde la feminidad va más allá del reduccionismo sexual y la cosificación. Cristian Ochoa comparte el cuento *Indios de Mierda*, narración

que sucede entre viajes y descubrimientos oscuros en torno a una pareja *sui generis*, mientras que Israel Rojas: presenta los textos Manifiesto y Los motivos de la grieta. Por su parte, Marco Antonio, El Poeta Muerto, toma estas páginas con poemas nuevos, después de su libro *El Fracasado* (El Viaje y el Camino, 2024), manteniendo el estilo confrontativo, la honestidad descarnada y el ojo crítico, sin perder la sensibilidad humanista. Cierran esta edición dos poemas de Verónica Miranda, tomados de su cuadernillo *Poema de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis y un Carrusel* (Bilis Negra Ediciones, 2024), y que se erigen como un llamado de atención, una ventana a una de los más atroces y complejos acontecimientos de la vida: la guerra. Hoy, en tiempos no sólo de IA y drones, el llamado de Verónica Miranda para repudiar la conflagración mundial y el genocidio en Gaza, se vuelve una necesidad que nos arroja a una visión crítica de nuestro devenir histórico

Por último, el presente cuadernillo vio la luz en La Tardeada Surrealista del Poeta Muerto, en el Foro de Cámara del Centro Cultural Regional de Cuautitlán Izcalli, para la presentación en vivo contamos con el apoyo musical de Miguel Trejo y su contrabajo. Agradecemos todas las Facilidades prestadas para la realización de este evento. Hasta el próximo asalto al escenario.

Atte. El murciélago que lee.



AKASHA ALACREM

ESTIGMAS DE MELANCOLÍA

A TI...

Que llegaste, que sólo preguntaste,
algo sin relevancia,
sin saber que fue el principio
de lo que menos esperaba.

A ti... que colmas de sonrisas
momentos difíciles,
quién sin temor a perdernos,
toma mi mano.

A ti... que calmas la sed, el ansia,
quien envuelve con ternura las caricias
y extraviada me tiene, en su mirada.

A ti...
Siempre gracias.

FRENEŚÍ

Transmuto,
soy entidad única.

A cada paso
mi cuerpo sangra,
buscándote entre el escombros
de los recuerdos.

Cada latido enloquece.
Demente, soy presa del engaño
ante distintas miradas...
diferentes labios...
desconocidas pieles...

DESEO



Bajo olas de lino y seda,
marejadas y palpitares,
expele cada poro del cuerpo.

En cada roce,
en cada gota,
en cada rincón
descubierto y explorado,
emana la lujuria
con su canto implosivo.

Extenuado, el placer resurge
en un bucle infinito.

Inagotable.

NOHEMÍ GUERRA (ABSURDA APRENDIZ)

DISONANCIA Y CUERPO



Me niego a ser sólo un orificio en medio de las piernas con un pequeño botón lleno de terminales nerviosas al que muchos ni siquiera encuentran (y si lo encuentran, ni siquiera saben qué hacer con él).

Soy mucho más que eso. Soy piel, soy huesos, soy emociones y montones de pensamientos. Soy ideas, sensaciones. Soy tierra, soy agua, soy fuego y también soy viento. Soy todas ellas que me habitan dentro.

Y no, no soy sólo un puto y vacío cuerpo diseñado para complacer tus placeres y tus deseos. Porque, sábelo: si he de complacer un maldito deseo será el mío, que es como un niño curioso y hambriento de juegos y descubrimientos.

Y no, no me refiero sólo a ese tipo de placer que tú imaginas. El placer va mucho más allá de eso. Hay placeres más sublimes que el sexo. Porque si somos honestos, muchas veces ni siquiera lo comprendemos. Somos aprendices con los ojos vendados jugando a ser maestros.

Y sí, soy rara. Hoy lo acepto. Pero me niego a compartirme con quien no pue-

da comprender que soy más, mucho más, que un simple y vacío cuerpo. Me niego a ser contenedor de desechos y luego fingir que todo fue estupendo.

Así que si tu intención es compartirte conmigo, sé inteligente y creativo. Muéstrame de qué estás hecho. Muéstrame tus sueños y tus fragmentos, tus heridas, tus cicatrices. Muéstrame tus aguas calmas y tus cascadas, tus luces y tus sombras. Y así, quizá solo así, podré decir que sí a compartirme contigo, a compartir un instante que se desdibuje en el aire, sin terminar sintiéndonos vacíos.



CRISTIAN OCHOA

INDIOS DE MIERDA



—¿Y a qué huele?

—¿Qué?

—La carne humana ¿A qué huele cuando la tiran al fuego?

—A tocino. A Tocino con huevos estrellados. A eso huele... es que tiene mucha grasa.

—¿La probaste?

—Creo que sí.

—¿Y recuerdas a qué sabe?

—A dolor, sabe a dolor.

A pesar de la noche y la oscuridad es posible ver que el suelo está seco, piensa Christopher. Los ladrillos naranjas y el polvo que flota entre la luz como anémicos mosquitos se distinguen a quinientos metros de altura. Sólo hay que mirar por la ventana del avión.

En Lima los cambiaron de nave. A una obsoleta. Un modelo que en América ya no se usa para vuelos comerciales. La aeronave tenía hélices en las alas y en la punta de la cabina. Era estrecha y la mitad de los asientos estaban desocupados.

Este avión se parece a las fantasías animadas de mi infancia «¿Disculpe?» Le responde su compañera de asiento.

Una misionera de Kansas. Menor de edad. Pelirroja. «Lo siento, hablé solo», le responde Christopher en inglés. «Yo voy a Santa Cruz» dice la misionera. «Y yo a La Paz» le informa en español Christopher. «Todavía tengo que hacer otra escala ahí», replica la misionera.

—¿Por qué siempre te afeitas la barba y te dejas esa perilla? Mi hermano y mis primos matarían por tener esa espesura. Ese grosor.

—No chingues Brenda. Parece que me estás albureando.

—A veces se me olvida que también eres mexicano.

—Es que lo soy. Mi problema es que nací en Estados Unidos.

—Es muy chistoso cómo te molesta que la gente de aquí te diga blancoide. Por un momento creí que nos iban a correr. Que por tu culpa todo se iba a la chingada.

—Siempre haces lo mismo.

—¿Qué?

—Culparme de las cosas que van mal. En todo caso no me van a dejar llegar a las profundidades de los Yungas. Yo quería ver cómo cosechan las hojas.

—No siempre puedes hacer uso de tus privilegios de blanco patriarcal.

—Son una contradicción estas personas. Se la venden al narco para que gente como yo la pague cien veces más cara de lo que ellos creen que cuesta. Nunca vieron un sólo dólar de esas fortunas. Se engañan. En fin. Todo sea para que logremos el documental.

Los participantes en el carnaval Gran Poder, simulan marejadas. Mujeres y hombres que lanza el sol desde las cordilleras. Bailan sin parar. Refulgen. Cristopher piensa que las piernas y las nalgas de esas mujeres siempre están ocultas. Hoy no. Le asombra la fuerza de esos muslos. De los culos morenos. Su tensión.

Cristopher está ebrio. Demasiado. Necesita orinar. Cerca no hay baños. Todos, hombres y mujeres mean en la calle. La Paz siempre apesta a orines de indio, le dijo una austriaca que trabaja para la UNICEF. Cristopher mea atrás de dos camionetas ataviadas como carros alegóricos. Se alivia.

Se reintegra al gentío. Choca con la Preste Miriam Mamani. Sus ojos ce-drón lo detienen. Sonríe. Ella fue quien los invitó al palco que representa su comunidad. Entonces Miriam le entrega otra botella de singani. Cristopher intenta beber y La Preste le toma la mano.

«Primero la Ch'alla», ordena la mujer. Lo guía para derramar un chorro de bebida en el piso. Después se besan. Sus dientes chocan. Las lenguas se embarran. Respiran fluidos. A lo lejos Brenda los ve. Intenta huir. Una corriente de orina y basura la hacen resbalar y caer.

—Creo que debe tener treinta o cuarenta años más que ella. Mínimo. La chica no rebasa los veinticinco. El viejo fácilmente tiene sesenta. Y soy generoso.

—Te juro que todas las noches ella encuentra la manera de aparecer desnuda frente a mí. Ayer la encontré en el baño. Hoy en la cocina. Siempre lleva el pelo suelto. Le cubre el rostro. Finge que no me ve. Pero cuando nos cruzamos me roza con sus dedos. *Scary*.

—Creo que quiere seducirte para llevarte con él. Insisto. Cuando me lo presentaste su cara era de fastidio. Es el típico anciano que le teme a otros hombres porque representan un peligro para sus intereses. Cree que todos somos como él fue.

—Yo así te imagino de viejo. Vives en otro país. Lejos de Estados Unidos. Con una mujer más joven. Tu casa llena de libros. Los recuerdos de tu vida y de tus viajes en las paredes. En los estantes. Alguien con cierta importancia.

Pero no vivirías en Cochabamba. Tal vez Guatemala o en el sur de Asia.

—No Brenda. Te equivocas. Yo quiero tener hijos y cuidar de ellos. Eso no permite alimentar el ego. Además, sabes que a mí me gusta vivir en San Francisco. Odio estar lejos de las ciudades más tiempo del necesario. Tampoco me gustan las mujeres mucho más jóvenes que yo. Aunque no lo creas, tengo códigos de conducta.

—¡Cállate! ¿Escuchas? ¡No manches! Ahí están otra vez. Hacen esos ruidos en los que simulan que cogen. Pero no hacen nada. Yo los vi.

—¡Sí! Es verdad. Yo también los vi desde el tapanco. En la biblioteca. Ayer. Se puede fisgar entre las maderas hacia su recamara. Él se para en frente de la cama y la pateo. Mientras, ella gime. Ni siquiera se masturba o toca. Sólo gime. *Too weird.*

—Lo bueno es que mañana se van al festival de Oruro a presentar su pinche película y nos van a dejar solitos.

—Ojalá. Ese viejo es un excéntrico. Pero nos va a prestar su casa. Para nosotros dos. Solos. Sin tener algo más que nuestra palabra. Eso se agradece y de alguna manera, lo hace menos despreciable.

Se deslizaron por una rampa de tierra húmeda hasta fondear en un corral. Descansan sobre el forraje de las cabras. Cristopher, Federica y Brenda ríen sin pausas. Federica fue la primera en sucumbir. Resbaló pocos metros después de salir del bar donde cenaron. «Es la segunda vez que la salvas», le dijo Brenda a Cristopher antes de lanzarse tras el rastro de su nueva amiga. Brenda no tuvo más remedio que seguirlos. Cerró las botellas de vino y sintió que se tiraba dentro de un tobogán acuático. La oscuridad parecía total.

A Federica la conocieron en la mañana. Cristopher y Brenda filmaban las islas flotantes de la etnia uros (gente que vive desde hace siglos sobre el agua del lago Titicaca). Trataban de realizar acercamientos a un adolescente que tejía esteras con totora cuando se escuchó el chapuzón «¡Se cayó la italiana!», gritó el capitán de la embarcación que los llevó a las casas undulantes. Cristopher ni siquiera lo pensó. Fue campeón de natación en la universidad de California.

El hotel donde se hospedan está a medio kilómetro del restaurante. No parecían tener prisa por salir del corral. Los tres estaban de cúbito supino. En

silencio. Sobre la Isla de la Luna, en el lago Titicaca. A cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar las estrellas parecen estar muy cerca «¿Si el cielo está lleno de estrellas por qué la noche es tan oscura?» Pregunta Brenda. Silencio. Nadie parece tener la respuesta o saber algo de astronomía. Entonces, Federica habla.

Les dice que eso se lo cuestionó Edgar Allan Poe en su ensayo *Eureka*. Ahí Poe se pregunta por qué, si en apariencia existe un número infinito de estrellas, el cielo nocturno no resplandece y la noche es opaca. El mismo Poe creía que si la oscuridad está por todas partes es debido a la inmensidad del espacio que no permite que la luz del infinito llegue a nuestros ojos. Finalmente, el universo es negro porque es joven. Se expande constantemente. Muchas de esas estrellas probablemente ya están muertas a pesar de la lozanía del cosmos. Federica concluyó y nadie dijo nada. Cuando el frío los acechó, salieron del corral y regresaron al hotel.

—Me parece detestable pagar ochenta dólares por ir a ver mineros trabajar. Yo no estoy de acuerdo, pero si tú quieres ir, adelante. No voy a impedírtelo.

—La idea de venir acá era conocer el cerro del Potosí.

—Pues sí, pero no las entrañas. Además, desde aquí lo veo perfectamente. La ciudad es muy linda para recorrerla a pie. Si piensas ir dime y yo me voy a Sucre. Allá hay más que filmar. O prefiero leer un libro. No ir a presenciar aquel espectáculo.

—Pues parte de viajar es ir a todos los lugares que se pueda y si ya estamos aquí es una oportunidad que debemos aprovechar. Yo creo que dejar de ir a las minas del Potosí por prejuicios ideológicos es una limitación. Nadie te va a aplaudir, Cristopher.

—Yo no busco, Brenda. Bajo esa lógica si vamos a un lugar donde se comen a la gente deberíamos hacerlo. Total, ya estamos aquí y no sabemos si algún día vamos a regresar.

—Siempre tienes que exagerar todo y arrancarle el entusiasmo a la vida.

—Tengo códigos y principios. Además, no te juzgo. Tampoco impido que tomes tus decisiones. No te obligo a nada. Si tanto es tu deseo, ve sola.

—Pero yo no quiero ir sola. Quiero ir contigo.

—No me vas a obligar a entrar ahí. Estoy seguro que si tú pudieras me forzarías.

—¡Pues sí! ¡Ojalá pudiera!

Otro carnaval. Bolivia está repleto de ellos. El carnaval de Tarija dura treinta y un días. Es demasiado tiempo para estar aquí, piensa Christopher. Sin embargo, Brenda decidió no drogarse o tomar durante las grabaciones y las cosas se ralentizaron. Todas las mañanas despiertan al alba. El aire del valle a dos mil metros de altura revitaliza los amaneceres. Están conformes con sus nuevos resultados. Con la tranquilidad.

Se hospedan en casa de Checo Marqués. En La Paz, María Galindo, una feminista radical amiga de Brenda, les dio su contacto. Christopher y su anfitrión –en una hora– ya se burlaban de la Galindo. Parece un punk disfrazado con enaguas de chola, dijeron. Un *clown* del gótico andino, reían. Brenda amenazó de acusarlos con la agraviada porque iban a matarla de risa. Checo Marqués estudió antropología en Nueva York y sólo habla en inglés con Christopher.

Dos días antes de que Brenda y Christopher dejen Tarija, Checo organiza un asado en los viñedos de su familia a las orillas del río Guadalquivir. Al atardecer, Brenda duerme sobre una mesa. Los hombres fuman la marihuana hidropónica que Checo se hace lle-

var desde Holanda. «¿A dónde piensan ir ahora?» Pregunta Checo. «A Santa Cruz o al salar de Uyuni. No está decidido», responde Christopher. Mientras tanto, Brenda ronca como el rumor del río.

Checo aprovecha para contarle a Christopher los rumores sobre los nacionalistas croatas que aterrorizan esa zona del país (Santa Cruz). Las *Ustachas* son tan sanguinarios que hasta los nazis les tenían miedo. Es un movimiento católico y fascista que mató a miles de personas de formas violentas e impresionantes. Sus objetivos eran judíos, gitanos, serbios y también comunistas. Acá en Bolivia las *ustachas* tejieron redes de contactos con grupos militares, políticos y empresarios. En la época de Banzer aprovecharon favores de la dictadura para construir su imperio económico. Migraron después de la segunda guerra mundial. Primero estuvieron en Argentina. Allá fueron descubiertos y se mudaron a Santa Cruz.

Actualmente se dice que piensan dinamitar la tumba del Che. También que capturan gente al azar. Migrantes que están en Santa Cruz porque es el mayor centro económico del país. Ahí es posible encontrar gente de todas partes. Sobre todo, secuestran indígenas. Los

drogan, después matan a uno de ellos, lo descuartizan y lo asan. Obligan a los demás a comérselo. Cuando terminan sus raciones les hacen tragar laxantes. Esperan a que éstos hagan efecto y cuando los rehenes defecan le gritan <<indio de mierda>> a los excrementos.

—Hola... ¿Cómo te sientes?

—No mames Cristopher... Qué pinche preguntita.

—Lo siento. No quiero ser inoportuno. Si te incomodo me voy.

—No. Quédate por favor. No te vayas.

—Es que no sé qué decir.

—Pues no digas nada. No es necesario hablar... Pero te mueres de ganas.

—¿De qué? De hablar. No. Puedo leer o ver la tv.

—No tonto. Tú sabes muy bien de qué quieres que te cuente.

—Mentiría si te dijera que no es así, pero sé que ahora no es un buen momento.

—¿Y entonces cuándo es un buen momento, Cristopher?

—No sé. Cuando tú lo decidas.

—Y si yo quisiera hacerlo ahora y contarte.

—Yo sé que lo que pasó fue una mierda. Nunca me lo voy a perdonar. Pero

por qué siento que quieres culparme. Hacerme responsable.

—Porque, ni siquiera en el fondo, sino en toda la superficie, fue tu culpa.

—Yo no te hice nada Brenda. Nada.

—¡Exacto! No hiciste nada. Solamente te quedaste como pendejo mirando cómo me arrastraban a esa camioneta. Ni siquiera te vi correr atrás de ella.

—No la iba a alcanzar.

—¡Ves! ¿Pero qué tal salvaste a la italiana? ¿O me vas a decir que era algo diferente? Te cagaste de miedo. No moviste ni un pinche dedo ¡Maricón!

—Perdón.

—Pedir perdón no me sirve para nada. Me cagaron la vida.

—Lo siento.

—*Fuck you.*

No es posible ver algún turista que no use lentes de sol. La luz, el cielo y la sal enceguecen. Brenda está en cucullas y le pide a Cristopher que vigile que nadie la descubra en su intento por desprender un trozo de coral. El salar de Uyuni es un océano desecado a tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. En medio de esa nada salina existe una isla llena de cactus. La isla Incahuasi. Los escalones que el tiempo labró para llegar a la cima son de

coral. Cristopher retrata un cactus de cinco metros y más de mil años. Desea ser uno. Estar en medio de ese desierto blanco en una duermevela milenaria. Voltea y observa cómo Brenda oculta en su ropa un fragmento de coral que sustrajo. El sudor resbala en las sienes de su amiga y le embadurna el cabello.

Dos horas después están en el desierto de Dali. A nadie parece importarle que sea una treta de los bolivianos nombrar así una roca en medio de ese mar evaporado. En su lugar hay decenas de volcanes y geiseres. Corre el rumor de que un inglés cayó en una sima y, aunque hay alarma, tampoco es seria la preocupación de la gente. Brenda juega soccer con otros turistas de diferentes nacionalidades. No hay nada más que hacer en estas alturas, piensa Cristopher. Entonces regresa al *Land Rover* que los transporta, toma la mochila de Brenda y saca el pedazo de coral que ella robó. No lo piensa dos veces y lo lanza con fuerza a una laguna de aguas moradas y rosas que refleja el sol como un faro a punto de extinguirse.

Cuando llegan a la Frontera con Chile, Brenda descubre que perdió su tarjeta bancaria. Cristopher no quiere saber más de ella. Él tenía planeado volar

de Atacama a Perú para regresar a San Francisco. El *Land Rover* los abandonó porque su regreso no estaba contemplado. Ahora tienen que regresar a La Paz o Santa Cruz para que el consulado les tramite una reposición con la casa matriz del banco en México. Esperan, en medio de una nada repleta de viento y frío, que el azar envíe un jeep con dos lugares de sobra.

A pesar del clima gélido, Cristopher exclama decenas de palabras altisonantes fuera de la cabaña donde la guardia fronteriza chilena les pidió esperar. Brenda escucha cómo su amigo azota los pies para entrar en calor. No está arrepentida. Toma su tarjeta del banco, la dobla y esconde entre dos tablones. Ojalá nadie la encuentre, piensa. Afuera, un zorro dorado y pardo con hocico escurriendo sangre se mira fijamente con Cristopher a los ojos. Los dos se sonríen con rabia. Las sombras vespertinas de la cordillera andina se aceleran. No parece que nada malo o bueno pueda suceder.



ISRAEL ROJAS

MANIFIESTO



El mundo, quizá, es horrible en general, pero nuestro país es una experiencia única que entrevera la vida y la muerte, lo bello y lo feo, lo sublime y la vil basura que es arrastrada por las lluvias torrenciales sin que la ciudad pueda quedar limpia (esta metrópoli que hiede como si fuera el culo del mundo), pero que sí nos ha traído hasta este agujero que es el inicio de todo, porque todo inicio es esférico, redondo, como el punto de sangre que surge en el cigoto, como el punto de pus que asoma en el miembro gangrenado que anuncia la espiral del dolor. Circular es el hoyo por el que llegamos a la vida y por el que se nos escapa para ir a dar a las entrañas de la gran esfera que nos contiene y que viaja en la indiferencia abisal del universo, en un remolino que me imagino casi idéntico al de la cagada deslizándose por el vórtice del excusado.

Desecho el papel higiénico, le doy una coz a la tapa del wáter y vivo intensos segundo de felicidad básica y orgánica. Me siento libre, ligero, nada duele. Defecar, comer, dormir y fornicar sin

alteraciones ni dolor, es la paz del cuerpo. Me lavo las manos, abro la puerta y salgo al conflicto de la vida, salgo a meter las manos en la carne viva de la ciudad que es su gente. Otredades hechas de carne, huesos y vicios secretos, como yo, pero que son un reflejo de una parte de mí que, al mismo tiempo y como los demás, está despedazado. Afuera del excusado es difícil entender la realidad porque ésta se fragmenta y deforma como la reproducción en los abominables espejos (la imagen es la de un reflejo peregrino de J.L. Borges, un aborto Borges 9 que se descubre en una esquina insospechada), ingrátido y al mismo tiempo sujeto a los discursos de la época. Que otros vengan a edulcorar el lenguaje y la realidad, que otros vengan a enamorarse de su reflejo en el fango. A la mesa de la literatura hemos traído el cadáver de un pavo real que será diseminado como un dolor de muelas hecho de orgasmos y agujas. Porque ante la pasividad, la violencia de la caída, ante la simulación, la herida abierta, ante la luz inocua de las luciérnagas, la flama que consume nuestros barcos y galeras. Reclamamos

las cunetas y las azoteas, las cantinas y los hospitales, los mps y los toquines sonideros, porque creemos que en todos lados se está sucediendo las historias, en todos los rincones urbanos la poesía traspasa su condición de tinta y papel y se hace vida, la misma de la que se creen dueños patrones, empresas y hombres de banca, la vida que hemos recuperado de la enajenación y la esclavitud sostenida en la pobreza y la ignorancia. La breve vida que toma forma de grito, susurro, palabra mágica, caricia, aullido, llamado a la batalla del día a día de la que nadie sale ileso.

Pletóricos en las derrotas y signados por hados teporochos, daremos al mundo una horrible canción de cuna para su estrepito y epitafio. No hay marcha atrás, “chavorupestres” en crisis, nos consume el tiempo y el silencio provocado por la luz del ruido de todas las cosas que braman por ser escuchadas. Una bomba estalla ante nuestros ojos: sobresaturados de información, inmóviles y absorbidos por el calor del resplandor, aborregado el horizonte, sobreviviremos como la cucaracha y la mosca en la sopa de perlas: cínicas y alucinadas. Porque las pequeñas vidas, las vidas miserables, también tenemos algo qué vomitar.

LOS MOTIVOS DE LA GRIETA

Cuando esta ciudad se haya cubierto de selva,
cuando la inmensa laguna
con sus lirios y ajolotes
regrese del fondo de su exilio,
cuando el jaguar en secreto
conjure los poemas de la luna,
cuando de esta ciudad no quede nada que la nombre...

persistirán los motivos de la grieta
en el centro del mundo,
persistirá el misterio del universo
y el andar adormilado de las estrellas,

persistirá aquel enigma
que no descifra la lectura

el hocico de la mosca
en el mármol perfecto...



MARCO ANTONIO. EL POETA MUERTO

TARDEADA SURREALISTA



HIMNO A LA LOCURA

He sembrado en los campos más verdes
orquídeas, cerezos, gardenias y claveles
en el apogeo de la estación más vesania
en un alucín de calma y armonía
todo es tempestad y colores,
incluso en la inmensidad de la tormenta,
dentro de sus destellos silvestres
todo germina y todo crece, pero el amor no,
el amor no florece.

¿Dónde estarás, amada mía?,
dueña de mis oraciones en agonía,
de entre los árboles y las flores del campo,
ni al abrir de mis venas te he encontrado.

A dónde terminará toda esta ruina,
frondosa de locura y encantos,
ni de broma se asoma la dopamina
a pesar de los detalles acumulados.

No encuentro en ningún lado
la esperanza
de que algún día llegue la calma,
en este campo tan lleno de añoranza;
no la encuentro, no la encuentro
ni con una puta ni con una dama metida
en mi cama.

MEDITACIÓN SOBRE EL AJUSTE DE LA RAMA DE UN ÁRBOL ROTA

No necesito optimismo ni amuletos
inútil consuelo.
Elijo ser realista: permanecer dormido,
en esta mazmorra,
raspar las llagas,
reírme de mi mismo,
babear la almohada
mientras todo se desmorona.

Los supermercados hasta el tope,
plenos de ilusiones ordinarias.
Mi alma se condena a la merma
entre una pasarela de apariencias
disfrazadas de congruencia.
La guerra es un gran baile,
la pandemia es una fiesta;
la cereza de este pastel:
una nueva ideología de idiotez moderna.
Finjo locura
abrazado a mi cordura.
Mi última esperanza:
un choque eléctrico.
Soluciones precarias

problemas aritméticos
ecuación cuadrática en silencio.
(El amor es una soga
que te abraza el cuello).

La soberanía subyacente
de un caldo de coitos
que se derrama
escapar es su plan de vida,
para salvarse de este laberinto sin salida
que ellos mismos construyeron.
Huir ya es necesario y al mismo tiempo
obsoleto,
como la rama del árbol que se quebró
con el peso de mi cuerpo

Medito para ajustarla mientras me as-
fixio...
medito

en vano
¡En vano, todo ha sido en vano,
las constituciones, los mandamientos,
la tecnología, los grandes pensamientos,
los manicomios,
en vano, todo ha sido en vano!



VERÓNICA MIRANDA

EL JINETE DE LA GUERRA

Cuando la esperanza regrese,
hace tiempo que voló y no la encuentro,
los viejos tomarán camino
y los gallos ladrarán como perros
para que los perros canten al alba.
La carne será de titanio
y las entrañas de níquel y cadmio;
los dioses desaparecerán
con la última luz del sol.

Entonces vendrán las guerras,
los humanos caerán
y se volverán a levantar.

Morirás, morirás
y no encontrarás el libro
para hallar el eterno descanso.
Las naves-Ícaro
chocarán contra los pocos edificios
que queden en pie,
en las calles podrán ver los cuerpos
fulminados por el estallido,
sobre la arena y el asfalto quedarán,
serán olvidados, insepultos,
podridos y calcinados.

Fueron humanos, serán cenizas.
Cuando la esperanza regrese,
los niños saltarán las tapias del gigante
y con ellos los viajeros sin casa,
con los cacharros que rescataron
de los escombros,
con los libros escondidos
en la tetera de la abuela,
con los miembros heridos y cercenados.

No construirán dioses, no habrá fronteras,
el humo denso desaparecerá
y el jadeo de la bestia donde monta el jinete
de la guerra,
se escuchará en ecos abisales.

Entonces, gritaré:
Siendo Baal, bebí la sangre
de los niños inocentes de Babilonia.
Cuando fui guerrero azteca,
arranqué corazones en altares
de graníticas y enormes pirámides.
Siendo Jesús, entregué mi cuerpo
para que en público fuera crucificado.
Maté a niños musulmanes
y violé a sus madres.
Siendo Alá, decapité a los infieles,
les corté el cuello, fui un crio,
pero también una bomba.

Yo fui, soy y seré cada uno
de tus dioses sangrientos.

Fui yo quien crucificó
a los cristianos para Nerón.
Yo fui quien empaló a los turcos
en las apuestas de Drácula.
Fui Torquemada,
quien prendió fuego a las piras de la Inquisición.
Fui yo quien masacró a los indios
con las manos de Pizarro.
Fui yo quien mató a los judíos en Polotsk
para Iván el Terrible.
Fui yo quien asesinó a los africanos
a manos de Idi-Amin.
Yo fui quien arregló
el montón de cráneos de Pol-Pot.
Fui quien encendió la pira
en los crematorios de Auschwitz.
Fui yo quien robó la comida
en los campos de trabajo de Siberia.
Tengo la cara de todos los dictadores
desquiciados de este mundo.

Babilonia, Roma, Tenochtitlan,
Targowiste.
Vaticano, Moscú, Berlín, Kampala,
Phnom Penh,
mi capital es cada ciudad de la humanidad,
mi hogar son todos
los hogares de este planeta.
Orgullo, avaricia, impureza, envidia, ira
falsedad, hipocresía, odio, traición,
estas son sólo algunas de mis virtudes,

¡Este soy yo!
Yo soy todo el mal
de vuestras civilizaciones.

Yo soy el mundo que creaste.

¡Yo soy el jinete de la guerra!,
quien pinta de rojo los mares
y hace caer las estrellas.



CARRUSEL

Pálido color
de una figura de cerámica
olvidada en el carrusel,
crispadas crines.

Caballos atravesados
por la lanza de hierro,
relinchan mudos
mientras suena una melodía.

Granos diminutos de maíz
se convierten en notas musicales,
pronuncia mal
el nombre del niño herido,
una muñeca cierra un ojo perezoso,
carga una maleta al exilio.

Caballos atravesados
por la lanza de hierro,
brilla su mirada de madera enmohecida,
la melancolía se estacionó
en la maquinaria
oxidada de un tocadiscos viejo
en donde escuché cantar
a Patti Smith por primera vez.

Estrellamos el verano en un taxi aparcado
que era nuestro lecho,
mientras la guerra estallaba.

Fuimos punks
que destrozamos nuestro cuerpo
para no sentir
y quisimos morir abrazados
con un amigo
antes que con nuestros padres.

Estuvimos solos
corriendo en el carrusel
como mustangs salvajes,
forjamos un porro
para alcanzar las estrellas y
viajamos a la década perdida.

¡Corre!

Pero espérame en las canciones
que nacieron como un poema,
en esas canciones
que llevaban el repudio a las guerras...



TARDECADA SURREALISTA DEL POETA MUERTO

Contó con el apoyo del Centro Regional de Cultura de
Cuautitlán Izcalli.

La producción del cuadernillo estuvo a cargo de
Bilis Negra Ediciones:

- Servicios editoriales.
- Producción de Libros y Cuadernillos.
- Encuadernación artesanal y hotmel
- Talleres literarios con fines de publicación.

Contancto:

e-mail: bilisnegra24@gmail.com

Whatsapp:

55-66-05-98-82

55-74-71-06-72



grafitoytrueno.com

Publica con nosotros:

ensayo, poesía, cuento, reseña, crónica